

FERNÁNDEZ, Roberto, *Cataluña y el absolutismo borbónico. Historia y política*, Barcelona, Crítica-Universitat de Lleida, 2014, 642 págs., ISBN: 978-8498-9274-12.

Al estudio de la dialéctica Cataluña-España y a desentrañar esa compleja relación en el siglo XVIII ha dedicado buena parte de su vida como investigador, como profesor y como ciudadano el historiador catalán Roberto Fernández. Resultado de esa gigantesca empresa es el extenso y singular volumen *Cataluña y el absolutismo borbónico*. No se debe ser una casualidad que Capmany, citado en la primera página como Antonio sea referido en el texto como Antoni y en las notas bibliográficas como Antonio. Bien podría ser que uno respondiese al criterio de registro bibliográfico y otro al cultural, o no. Tanto da. Es únicamente una anécdota, un pequeño ejemplo de la constante dualidad no conflictiva que recorre las páginas del libro.

En este estudio sobre la historiografía catalana de los últimos tres siglos, el punto de partida es Antonio de Capmany y Llàtzer Dou, continua con el romanticismo de Bofarull, el nacionalcatolicismo de Torras i Bages, el revisionismo de Vicens Vives y de Vilar para acabar con la actual historiografía nacionalcatalana. Sus conclusiones son claras. En la construcción del relato los borbónicos han salido malparados frente a las apoloías y halagos que han recibido los austracistas. La ‘canonización’ de estos últimos ha venido acompañada por una exaltación que la historiografía nacionalista ha realizado del sistema político anterior a 1714. Así, no ha de sorprender que para esa corriente oficial la Cataluña que se nos fue, la del Antiguo Régimen, era participativa y moderna. La tercera conclusión de los ‘borbonófobos’ ha sido subrayar que, pese a tanta represión, los catalanes supieron rehacer y retomar el

crecimiento económico de Cataluña que arrancó en la segunda mitad del XVI y se consolidó durante buena parte del XVII, los llamados “siglos decisivos”. El siglo XVIII sería la constatación de este imparable progreso, pese a guerras y asedios de España ‘contra’ Cataluña. Roberto Fernández refuta con sólidos argumentos esa sesgada, frentista y maniquea interpretación. El crecimiento de Cataluña fue fruto de la conjunción de la recuperación económica de España y América, del diálogo de las autoridades con unas clases dirigentes activas y del positivo impacto de las medidas proteccionistas adoptadas por Felipe V desde 1718. Imprescindibles son las páginas cuando Fernández matiza la incidencia de la Nueva Planta y revaloriza el papel y el significado de la Universidad de Cervera. No hay duda, pues, de su valoración positiva del reformismo borbónico.

Detrás de un título tan concreto en el tiempo y en el espacio, se esconde una reflexión pausada, profunda sobre la profesión del historiador, sobre cómo ha de ser la ética y su relación con la política, un difícilísimo equilibrio que pretende resolver marcando los límites entre oficio e ideología. Su constante denuncia de los usos y abusos de la Historia le lleva a constatar las manipulaciones tanto de la Historia de España como de la de Cataluña. Sin embargo, se echa en falta algún matiz en esta ‘equilibrada denuncia’. Si bien es cierto que fue durante la dictadura franquista cuando el españolismo hizo un desmesurado uso mitificador, grosero y burdo del pasado, ha sido bajo la democracia cuando el catalanismo ha mezclado con intensidad historias, victimismos y agravios. Un discurso, este último, que

ha sido cubierto por un manto cientifista y que se ha elaborado con la complicidad de buena parte de la academia universitaria con el régimen pujolista y sus hombres, sin olvidar el aplauso de algunos historiadores del resto de España. Siendo ambas manipulaciones un mayúsculo fraude, la segunda es aún más grave por haber impuesto un discurso único en tiempos de democracia y diversidad. Los nefastos resultados del traslado de ese enfoque manipulado de la Historia a la escuela y al conjunto de la ciudadanía son de incuestionable actualidad, consecuencias que el autor no esconde. De ahí el segundo matiz. Roberto Fernández plantea con acierto un enfoque historiográfico que incide sobre la España plural, ¿se ha de sobreentender que dentro de ese espacio está la Cataluña plural, el análisis de su pasado y de su complejidad social y cultural? De no ser así, es necesario insistir en la pluralidad en este caso de la Cataluña borbónica, como antes fue la del Barroco, la del Renacimiento, etc.

Sin el plural Cataluña es un producto rancio y simplista, tanto en su Historia como en su presente.

El compromiso intelectual de Roberto Fernández se puede resumir en la constante reivindicación del papel cívico de la Historia, eje central del libro: “la verdad sobre el pasado es un derecho de cada ciudadano, un derecho irrenunciable si no queremos vivir en sociedades totalitarias”. En definitiva, es un estudio magnífico, crítico, en el que se combinan excelentes páginas de egohistoria con un análisis científico del discurso historiográfico de la Cataluña borbónica. Por la historia común de los españoles –catalanes, aragoneses, castellanos,...– y por el cuestionado presente que estamos viviendo, su lectura es más que recomendable, imprescindible.

Manuel PEÑA DÍAZ
Universidad de Córdoba

GARCÍA GARCÍA, Bernardo J. y RECIO MORALES, Óscar (eds.), *Las corporaciones de nación en la Monarquía Hispánica (1580-1750). Identidad, patronazgo y redes de sociabilidad*, Madrid, Fundación Carlos Amberes, 2014, 487 págs., ISBN: 978-84-87369-77-3.

En los últimos años los temas relativos a la frontera y a los extranjeros han encontrado cada más aceptación entre la historiografía moderna, llegando incluso a imponer una nueva reescritura de fenómenos locales analizados a través de los contextos más amplios de la historia transnacional. De hecho, los estudios sobre la movilidad y la circulación de las personas han llevado a replantear la historia de las identidades de los pueblos

de Europa y del Mediterráneo. En ella siempre aparecen lugares de adhesión y pertenencia plurales, en los que comunidades diversas podían convivir sobre un mismo territorio y en donde la contraposición entre ciudadanos (naturales) y extranjeros –y con ella la creación de una barrera o frontera–, a menudo se impone en nuestra percepción como afirmación de una visión identitaria que nace con el triunfo de los nacionalismos del siglo